

## Juan García Ponce: el precio de la transgresión

Jaime Monjarraz

Hace casi veinticinco años, en noviembre de 1979, Juan García Ponce escribió las cuartillas que siguen a pedido de una publicación de la SEP hoy extinta y llamada El Correo del Libro. Recibíamos la publicación cada mes los maestros del país y los interesados en la lectura podíamos elegir mediante ella libros buenos a precios inferiores a los del mercado. Aquel mes, entre los varios títulos ofrecidos estaba *La noche*, cuyo autor fue invitado a presentarlo en aquellas mismas páginas. Hasta donde sé sus líneas no han vuelto a circular y es del todo probable que sean desconocidas por la mayoría de los lectores de hoy. Aprovecho a la vez para hacer una especie de ejercicio similar al que hace aquí García Ponce, es decir, añadido, quizás abusivamente, líneas mías acerca de mi primera lectura de *La noche*, coincidiendo con el autor del libro en que aquellos relatos prefiguran claramente los caminos posteriores que seguirían su visión de las cosas y su literatura.

La noche situó a García Ponce, que debutaba como narrador entonces (en 1963, muy poco después de *Imagen primera*), en un lugar aparte en la narrativa mexicana. Era cosa generacional: como sus amigos Salvador Elizondo, Inés Arredondo, Juan Vicente Melo, García Ponce se distancia voluntaria y explícitamente de lo que lo antecede. Reconoce sus inspiraciones fuera, en Pavese, en Musil, en Mann. Tiene además una muy perceptible preocupación moral, que se asocia con una idea de la existencia fundamental y que luego irá extendiéndose en su obra. Es notable cómo en *La noche* hay una constante búsqueda de significaciones y de interpretaciones. El silencio tiene sentido; el ruido y la música denotan estados de ánimo que también son una clave del ritmo del tiempo; la lluvia como reflejo de sobresaltos; las calles oscuras de la ciudad como caminos hacia la oscuridad radical en la que todo desemboca. Los personajes dan con aquellos sentidos jalados por la terca fuerza de una libertad de la que no abdican nunca, aun al borde del despeñadero.

La nostalgia a la que se refiere García Ponce al ocuparse de su libro sobrevuela morosamente en "Amelia", el primero de los relatos del conjunto. Una nostalgia liviana, tal vez más cercana, en un lenguaje corriente, a la sensación que a la sensibilidad. La primera persona del relato puede ser calificada sin demasiado problema de egoísta, irresponsable, un cabroncillo de esos que no escasean. Más que un amante parece un tipo enamorado, fácil, demasiado fácil para hallarse cómodo en la situación propicia: los brazos cálidos de una mujer tierna, de escasa resistencia, de lágrimas pasajeras, de sonrisa pronta, necesitada de amparo y dadora de cobijo; el uso del tiempo que fluye sólo para renovarse, en la plática entre amigos, cómplices leales en esa tarea de decirle que sí a la vida despojándola de toda trascendencia.

### ACERCA DE *La noche* Juan García Ponce

*La noche* es mi segundo libro de cuentos y relatos. Lo publiqué en 1963. Lo forman tres ficciones: "Amelia", "Tajimara" y "La noche", de la que toma su nombre el libro. Mirar hacia él a más de quince años de distancia y habiendo publicado después más de treinta libros entre novelas, ensayos, relatos y notas sobre arte resulta un tanto nostálgico. Me siento obligado a preguntarme antes que nada no sólo si soy el mismo escritor que era entonces sino también, hasta si soy la misma persona. En ambos casos por lo menos estoy seguro de que la respuesta depende de los libros que he escrito y publicado después porque no es la persona la que hace los libros, sino los libros que escribe los que le permiten a cualquiera que se dedique a la literatura constituirse como persona.

Recuerdo ahora. Cuando escribí "Amelia", en 1957, tenía veinticinco años. Si pasó tanto tiempo antes de que el relato apareciera como parte de un libro fue debido a mi azarosa relación con la literatura y por tanto también con la vida. A la primera, "Amelia" debe la dificultad, el lento y minucioso trabajo, con la que fue encontrando su forma; a la segunda, lo que esa misma forma logra tal vez decir. Escribí "Tajimara" tres años después, en 1960 y por último "La noche" en 1962. Las dificultades no habían disminuido; pero la práctica de cualquier oficio hace que uno sea cada vez más dueño de él. Probablemente, tanto en "Tajimara" como en "La noche" yo soy

más dueño del oficio de escribir y también como diría Pavese, del no menos difícil y gratificante "oficio de vivir". Pero, insisto, vivir y escribir son la misma cosa. Mi vida ha ido haciendo mis libros: mis libros han ido haciendo mi vida.

Mirando ahora hacia *La noche* yo encuentro que aunque la forma de los tres relatos que componen el libro es diferente en cada caso, aun cuando todos ellos están escritos en primera persona, la visión del mundo que los alimenta es bastante semejante y en algunos aspectos ha permanecido inmutable a lo largo de toda mi obra y en otros se ha transformado e incluso se ha contradicho. Los relatos de *La noche* están animados por una visión del mundo que puede y debe considerarse negativa, no solo porque la conclusión de los relatos no es precisamente feliz, aunque si espero que sea bastante intensa, sino porque los problemas y conflictos que los personajes se ven obligados a enfrentar para alimentar con ellos a la literatura no parecen tener solución ni desde un punto de vista general y social ni desde otro particular y personal. La muerte de la protagonista en "Amelia", la separación de las dos parejas de amantes, tanto la incestuosa como la "normal" en "Tajimara", la locura en la que se pierde al final la protagonista de "La noche" no son precisamente signos positivos. Me siento ahora obligado a preguntarme el motivo porque, a partir de mis dos siguientes novelas, me parece que sin abandonar el tipo de preocupaciones que la alimentan la literatura que trato de escribir ofrece otra visión del mundo.

En *La noche* hay una rebeldía contra todas las formas tradicionales que determinan a la sociedad y la conducta que se debe observar para permanecer dentro de ella. Mis personajes transgreden esa exigencia porque su temperamento o su carácter o las circunstancias que les impone la vida no les permiten mantenerse dentro de ella; pero tienen que pagar por esta transgresión. La culpa, la muerte, la destrucción del amor, la locura son el precio que cobran las normas sociales y también el que les impone a los personajes su propia incapacidad para mantenerse fuera de las normas. Entonces tal vez me parecía imposible cualquier otro tipo de solución, pero el destino de mis personajes en tanto metáfora, del que en última instancia sería también mi propio destino al hacerse visible a través de la literatura, también me enseñó otras cosas. Es principalmente por eso que siento una cierta nostalgia al volver hacia atrás y mirar hacia *La noche*. De alguna manera el nombre de esta nostalgia podía también ser el de culpa. ¿Por qué no fui capaz de imaginar transgresiones más radicales? Ni la literatura ni la vida me había dado quizás los medios para ello. No reniego de ninguna manera de *La noche* en cuanto realización literaria. Al recordarla siento que para mí fue un libro necesario y uno sólo tiene derecho a escribir los libros que le son necesarios. Pero, por supuesto, me sería imposible volver a escribir ese libro. Siento, creo pensar, que gracias a las armas que ha ido entregándome mi oficio de escritor, mi convicción de que ese oficio debe aplicarse a mostrar la bondad de formas de vida condenadas por la sociedad, por la moral, o la ley es irradicable. Mis obras recientes se apartan de *La noche* en este sentido. Pero, al mismo tiempo, soy plenamente consciente de que jamás hubiera podido llegar a esa convicción sin escribir antes *La noche*. Y le agradezco a la persona que era yo entonces haberlo hecho.

*La crónica de hoy*, 23-01-04